

SERGIO
VILA-SANJUÁN



POR QUÉ SOY
MONÁRQUICO

Ariel

Por qué
soy monárquico

*Una historia
familiar*

SERGIO VILA-SANJUÁN

Ariel

Primera edición: noviembre de 2020

© 2020, Sergio Vila-Sanjuán Robert
© 2020, J. Mauricio Restrepo, por el diseño de interior

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3311-3
Depósito legal: B. 18.600-2020

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Introducción	9
1. Un gentilhomme de Alfonso XIII	11
<i>Razones para ser monárquico con Alfonso XIII</i>	49
2. Juan III en Arenys de Mar	53
<i>Razones para ser monárquico</i>	
<i>con don Juan de Borbón</i>	78
3. Juan Carlos I, el 92 y la ejemplaridad	81
<i>Razones para haber sido monárquico</i>	
<i>con Juan Carlos I (y para no ser hoy juancarlista)</i>	118
4. Felipe VI, rigor y calidez	121
<i>Razones para ser monárquico con Felipe VI</i>	170
Epílogo: el sentido de la monarquía	173
<i>Mis razones para ser monárquico</i>	190
Agradecimientos	195
Bibliografía mínima	197

I. Un gentilhombre de Alfonso XIII

—Y bien, Pablo, ¿cómo has visto la situación en África? —preguntó el monarca.

Mi abuelo Pablo Vila San-Juan había recibido la invitación de Alfonso XIII a su regreso de Marruecos. Más exactamente, tras volver de cubrir, para el vespertino barcelonés *El Noticiero Universal*, la triste, cruel e impopular guerra que allí se libraba. Sus artículos de los años 1921 y 1922, salvando sólo en parte la implacable censura del momento, daban fe de la desmoralización y malas condiciones en que se movía el ejército español allí destinado.

El rey, recordaría Pablo, «sin haberla yo pedido», le convocó a una audiencia especial a través de su secretario particular, el marqués de la Torre de Mendoza. Conducido mi abuelo a un gabinete del Palacio Real, don Alfonso, sentado en un silloncito, le alargó un cigarrillo largo con la corona real en la boquilla y le interrogó sobre el conflicto magrebí y sobre Barcelona:

—He leído tus crónicas —señaló— y, aunque con algunas, muy fuertes, no puedo estar oficialmente de acuerdo, en realidad lo estoy.

«Esto abrió de par en par mi confianza en el diálogo, y puedo asegurar que salí con la convicción de que había hablado con un hombre íntegro, de clara mentalidad, y de elevada fineza espiritual, al que su destino encadenaba al silencio, o por lo menos a la prudencia, en la mayoría de sus enfrentamientos con los hombres y cosas que le rodeaban», escribió muchos años más tarde el periodista.

No es que Pablo Vila San-Juan fuera un recién llegado al mundo monárquico. Desde sus años jóvenes había militado en las juventudes alfonsinas barcelonesas, y más tarde fue un habitual colaborador de la prensa conservadora fiel a la Corona. Aun así, constituyó para él una grata sorpresa cuando el monarca le comunicó que iba a concederle la llave de gentilhombre de su real cámara —un honor palaciego apreciado, que le incluía entre las llamadas «clases de etiqueta», pero sin funciones específicas—, argumentando además que tal dignidad respondía exclusivamente a su trabajo periodístico, «con independencia absoluta de toda consideración política, heráldica, ni situación social».

La Belle Époque y su reverso

Alfonso XIII nació rey: un caso excepcional en la historia. Su padre, Alfonso XII, había muerto con veintisiete años en 1885; su madre, María Cristina de

Habsburgo, estaba embarazada (y aunque no lo sabía, era de su primer varón). Hubo una crisis política y la sucesión quedó paralizada hasta su nacimiento, siendo inmediatamente proclamado monarca (en España no hay ceremonia de coronación, que además en este caso hubiera resultado complicada).

Y tuvo un largo reinado que, como recordaba el periodista José Ramón Alonso, se extendió en el período que va de Bismarck a Hitler, de Alejandro II de Rusia a Stalin, de los años triunfales de la reina Victoria a la consolidación de Estados Unidos como primera potencia municipal.

Existió una *Belle Époque* alfonsina. La recogió en sus artículos el marqués de Valdeiglesias, que fue jefe de mi abuelo en el diario *La época*, el medio informativo monárquico por excelencia hasta la aparición de *ABC*. Según recuerda el marqués en sus *Memorias*, «en los años que median entre el principio del siglo y el comienzo de la guerra de 1914, continuó disfrutando la buena sociedad de una vida alegre y fácil. [...] Época aquella frívola, sin duda, en que se había perdido el recuerdo de la revolución de 1868».

«El encanto de vivir correspondía principalmente a la sociedad de los privilegiados: la aristocracia de la sangre, que entonces coincidía generalmente con la del dinero; la burguesía y los grandes industriales; pero también las personas con medios más modestos gozaban de la tranquilidad que proporciona un presupuesto familiar equilibrado, debido a la extraordinaria baratura de todo aquello que en la vida se considera como de primera necesidad y a la estabilidad de las monedas y los precios.»

Valdeiglesias cubrió para su diario el *garden party* en los jardines del Palacio Real de Madrid —uno de los más grandes de Europa— celebrado en mayo de 1902 para solemnizar la mayoría de edad de don Alfonso. El antiguo Campo del Moro se había convertido, «por feliz iniciativa de su majestad la reina», «en admirable parque de espléndidas calles y paseos y espesas arboledas». Llamaba la atención el elegante chalet de María Cristina, «de estilo suizo, cuyas puertas y ventanas lucen los *carreaux* de la época de Luis XVI».

Antes de las cuatro y media, hora señalada, «los carruajes llegaban en gran número y poco a poco poblaban los jardines». «Guardias alabarderos, sin armas, aparecían en las puertas, siendo un elemento más de curiosidad para los desocupados que ante ellos se apiñaban».

Aparece el rey, con uniforme de diario de almirante de la armada, luciendo las insignias de las órdenes militares. A su lado, la reina madre, «con la severa elegancia que tanto le distingue».

Los concurrentes no bajan de cuatro mil: cuerpo diplomático extranjero, «las señoras que más brillan en los salones, los políticos y artistas más prestigiosos, las autoridades, diputados y senadores, alcaldes de gran número de capitales y poblaciones importantes...».

Disfrutaban todos ellos de un espléndido bufé, dispuesto en distintos sitios del parque en cuatro grandes mesas. Detrás de cada una «se habían colocado tiendas de campaña, de las cuales una legión de servidores de la Real Casa sacaba a cada momento los vinos y dulces con que habían de reemplazar a los ya consumidos».

«Cuantas personas han tenido el placer de asistir a esta fiesta han quedado tan satisfechas de ella como de la bondad del monarca, y se han retirado del Campo del Moro lamentando que fiestas tan agradables no pudieran repetirse con más frecuencia», concluye Valdeiglesias.

Belle Époque, pues. Pero también con su cara oscura. En el artículo donde evoca su encuentro con el monarca en ese mismo palacio, y para contextualizar su figura, mi abuelo se refiere admirativamente al *Diario íntimo* de Alfonso XIII, publicado tras su muerte. En el apartado correspondiente a 1902 —el año del *garden party* glosado por Valdeiglesias— el joven rey había conseguido lo siguiente:

Este año me encargué de las riendas del Estado, acto de suma trascendencia tal y como están las cosas, porque de mí depende si ha de quedar en España la Monarquía borbónica, o la República. Porque yo me encuentro al país quebrantado por nuestras pasadas guerras; que anhela por un alguien que le saque de esa situación; aplazadas las reformas sociales en favor de los necesitados; el ejército, con una organización atrasada a los adelantos modernos; la marina, sin barcos; la bandera ultrajada; los gobernadores y alcaldes, que no cumplen las leyes, etcétera. En fin, todos los servicios desorganizados, y mal atendidos. Yo puedo ser un rey que se llene de gloria regenerando a la patria, cuyo nombre pase a la historia como recuerdo imperecedero de su reinado; pero también puedo ser un rey que no gobierne, que sea gobernado por sus ministros y por fin, puesto en la frontera.

Éstos eran los buenos propósitos de un joven soberano reformista en el cambio de siglo. Sin embargo, acabó sucediendo justamente la peor de las hipótesis esbozadas por el joven Alfonso: perdió la corona, dio paso a la República y tuvo que salir de España a toda prisa. Pero la voluntad regeneracionista contenida en este párrafo ilumina, creo, la comprensión que mi abuelo tenía de la figura del monarca.

Eduardo Dato, inspirador

Pablo Vila San-Juan (1892-1982), nacido en Cádiz, crecido y formado en Barcelona, publicó su primer artículo en prensa siendo aún adolescente y por la misma época se incorporó al Grupo de los 14, «reducida expresión de los monárquicos barceloneses sostenida a capa y espada en una etapa ciudadana donde dominaban la Lliga regionalista y el radicalismo de Alejandro Lerroux», según él mismo expresaría.

Entre 1911 y 1913 es secretario de la revista monárquica *Acción*, a cuya redacción pertenecen también los que serán sus amigos para toda la vida, José María Milá y Eugenio Nadal Camps. Pablo acaba en Madrid sus estudios de Derecho y se incorpora como secretario personal al bufete del político Eduardo Dato, quien compatibiliza esta actividad legal con sus tareas en el gobierno del Estado, y que resultó todo un protector para él.

Tras su etapa madrileña, Pablo abre en Barcelona un exitoso despacho propio mientras colabora en las principales publicaciones del momento, sobre todo



Pablo Vila San-Juan con el uniforme de gentilhombre de cámara de Alfonso XIII.

Por qué soy monárquico

El Noticiero Universal y *La Vanguardia* (donde escribirá hasta el final de su vida) en Barcelona, así como en el ya citado *La Época*, *ABC* y *La Esfera* de Madrid.

Hijo único de una familia de clase media —el padre era marino—, mi abuelo protagonizó una ascensión precoz y rápida por sus propios méritos. Sospecho que en su juventud era una persona ambiciosa y resuelta. Así lo define, en sus memorias, su compañero en la Facultad de Derecho, el poeta Josep Maria de Sagarra:

Con Pablo Vila San-Juan, siempre que me lo encuentro hoy en día y nos saludamos con el antiguo afecto que nos une, fatalmente me sitúo cuarenta y tantos años atrás y lo veo igual que el día que nos conocimos: con sus aires seguros de gran elegante y de gran conquistador, con sus claveles rojos y su palabra brillantísima de galán joven, encarándose con aquel primer galán que era el (catedrático) doctor Díaz.

Pero Pablo fue también un hombre con clara conciencia social. Y de mente abierta: católico convencido, en el período 1919-1920 se aproximó a la masonería, pienso que más que nada por curiosidad intelectual, lo que le causaría problemas en la posguerra.

Se comportó a lo largo de su existencia como una persona de principios. Su visión política, plasmada en incontables artículos y libros, responde a la de un monárquico liberal y, por encima de todo, un hombre de leyes.

Eduardo Dato ha pasado a la historia como uno de los grandes políticos del período de la Restauración. Nacido

en La Coruña en 1856, abogado, fue alcalde de Madrid, presidente del Congreso de los Diputados, ministro de Gobernación, Gracia y Justicia y Marina, y presidente del Consejo de Ministros hasta que un atentado, en el año 1921, acabó con su vida.

Tras su asesinato, Alfonso XIII manifestó: «Ha sido una de las mayores penas de mi vida. España pierde un gran hombre; el pueblo, un gran protector; la monarquía, uno de sus últimos puntales firmes; yo, un gran consejero, un caballeroso servidor y un leal amigo». No le iba a la zaga mi abuelo, quien consideraba a su mentor madrileño el gran reformista y legislador español del primer tercio de siglo.

Ya antes de establecerse en Madrid, junto con su compañero de la revista *Acción* Eugenio Nadal Camps, Pablo había dedicado en 1913 un estudio biográfico a Eduardo Dato para la colección de la Editorial Barcelonesa «Sociólogos españoles». En el librito, ambos autores celebraban una propuesta de revolución desde arriba centrada en la justicia distributiva.

Mi abuelo opinaba que «los institutos de previsión y el sistema de seguridad social que don Eduardo ha puesto en marcha, bajo la tutela del monarca, hacen más por la justicia social que mil bombas de sus anarquistas».

Muy impuesto en la doctrina social de la Iglesia —tras una juventud galante, Eduardo Dato, en clave típicamente española, se había convertido en un hombre muy religioso y un demócrata cristiano «avant la lettre»—, era «el más obrerista de los políticos españoles en activo, tanto conservadores como liberales». Entre sus aportaciones a la legislación se contaba el

descanso dominical, los seguros de invalidez y ancianidad, el derecho a casas baratas, el cuidado de la mujer trabajadora embarazada, becas para hijos de obreros, ley de accidentes de trabajo y la reglamentación de horarios laborales.

En la visión que mi abuelo apreciaba en su protector, «no hay que entender en cada una de estas leyes el triunfo de una clase sobre otra, ni una conquista arrancada a los patronos por los obreros, como suele afirmarse, ni una concesión graciosa de los primeros a favor de los segundos. Es el Estado, órgano productor del derecho, regulador de la vida nacional, el que dicta la ley, como resultante o expresión de los diversos elementos sociales».

Eduardo Dato no había querido olvidar en su labor política los conceptos humanitarios básicos. Mi abuelo describe con admiración uno de esos momentos: «En las distintas ocasiones en que desempeñó la presidencia del Consejo de Ministros, no dudó en acudir una y otra vez a Alfonso XIII reclamando firmas de indulto para condenas capitales, mientras exclamaba: “¡Yo no fusilo! ¡Yo no fusilo!”». Así ocurrió —sin que pudiera imponer su criterio— cuando se planteaba la del pedagogo ácrata Francisco Ferrer Guardia, acusado por los disturbios de la Semana Trágica.

El político gallego fue muy sensible a las reivindicaciones regionales. Favoreció desde el gobierno la creación de la Mancomunitat catalana, experiencia pionera de descentralización administrativa a partir de la fusión de las cuatro diputaciones provinciales. Y propició la presencia regular del monarca en Cataluña.

Según recordaba mi abuelo, en los años diez del siglo xx «don Alfonso no frecuentaba demasiado Barcelona, en parte por razones de seguridad y en parte porque como consecuencia del catalanismo en alza, no la sentía una ciudad demasiado afecta. El entonces presidente del Consejo de Ministros, mi protector Eduardo Dato, me había confesado que intentaba estimular al monarca para que viniese más a menudo, ya que donde don Alfonso realmente brillaba era en las distancias cortas. Sabía ganarse a la gente, y en Barcelona y en Cataluña tenía sin duda mucho que ganarse, ya que el sentimiento monárquico seguía muy vivo en amplias capas de la población».

Last but not least, Dato consiguió, codo a codo con don Alfonso —dramáticamente escindido en esos años entre una madre austríaca y una esposa británica, naciones enfrentadas—, que España se mantuviera neutral durante la Primera Guerra Mundial.

A don Alfonso, relata mi abuelo, «la muerte de Dato le provocó una verdadera depresión física. Le vi a los pocos días de los solemnes funerales, y por primera vez advertí en sus ojos una profunda melancolía, y en su rostro un envejecimiento prematuro. Hablamos mucho, confirmando mi impresión de que el monarca, como tal y como hombre a secas, era un ser inteligente de extraordinaria intuición y muy sólida preparación. Recordó que con Dato, juntos habían trazado todo un plan regeneracionista que ambos creían indispensable y urgente para España. Juntos, conformaron el Instituto de Reformas Sociales; juntos, fundaron el Instituto Nacional de Previsión; juntos, iniciaron la Ciudad Universitaria; juntos, sembraron

toda una legislación laboral, que luego ha dado espléndidos frutos. Y también juntos, lucharon contra formidables obstáculos, de dentro, y de fuera del país, para mantener la neutralidad de España en la guerra europea de 1914. Era una labor conjunta y cordial, en que dos hombres de talento y buena fe incrustaron sus mayores esperanzas, truncadas por las balas asesinas de los brazos criminales de fuerzas ocultas, más o menos secretas, a las que estorbaba Dato, con su política moderada de intensificación de humanidad y anhelo de justicia social».

Continúa Pablo: «Creía el rey que, con su muerte, el país perdía al quizá último de sus políticos de altura. Ya que don Antonio Maura se había retirado voluntariamente siendo otro valor indiscutible y firme de la monarquía, ésta quedaba vacilante a merced de lo que efectivamente vino luego, con la división de los partidos, las ambiciones interesadas, y las deslealtades, mejor o peor encubiertas, de los mismos que rodeaban al trono. A merced de los enemigos no sólo del régimen monárquico, sino también —quizá más grave— del equilibrio social, y de la continuación de la patria. Llegó a tal extremo a ser cierto cuanto temía don Alfonso, que hubo de admitir —a regañadientes— la necesidad de una operación quirúrgica en el cuerpo dañado del país. Y llegó la dictadura del general Primo de Rivera, paréntesis a cuyo final apareció la descomposición total, la República, y la Guerra Civil».

Mi abuelo atribuía a Alfonso XIII el gran mérito de haber liderado junto con Dato una batalla reformista para modernizar a fondo la vieja España, la sur-

gida desmoralizada de la catástrofe del 98. Y ponía el acento en que ambos propulsaron con éxito aquellas medidas que desde un espectro conservador de amplio alcance promovieron el entendimiento con las fuerzas sociales y regionalistas. El corte en seco de esta opción por la vía de la violencia anarquista habría lanzado a don Alfonso a favorecer sin demasiada convicción una dictadura que mi abuelo, como hombre de leyes, no aprobaba. Y que tampoco consiguió evitar los subsiguientes males mayores.

¿Qué habría pasado de no haber sido asesinado el presidente Eduardo Dato en 1921? ¿Habría podido orquestar un nuevo contrato social que reorganizara el panorama político español, frenara la creciente violencia y afianzara definitivamente la Corona? ¿Habría podido evitarse la dictadura, y tal vez en justa consecuencia la caída de la monarquía en 1931 y, sobre todo, la Guerra Civil?

Encuentros en Barcelona

En las *Memorias de un cronista* que Pablo publicó entre 1971 y 1974 en sucesivas entregas en *La Vanguardia*, relata otros momentos en que tuvo contacto directo con el rey. Utilicé varias de esas situaciones en mi novela del año 2010 *Una heredera de Barcelona*.

Una de ellas tuvo lugar con motivo de un histórico banquete en Las Planas a los mandos del ejército en Cataluña. Se realiza en un momento en que las Juntas de Defensa Militar, unos grupos de presión surgidos en el interior del ejército que el propio rey

amparó inicialmente, han creado «un ambiente inquietante, dudoso y molesto que llegó a su punto álgido cuando algunos jefes y oficiales declararon a un periodista —entonces la prensa era completamente libre— su vocación de republicanos». El marqués de Foronda, uno de los principales hombres de don Alfonso en Barcelona, ha invitado a Pablo a acompañarlos a este almuerzo.

En su intervención, el monarca pide seriamente a los comensales que se abstengan de intervenir en política, ya que «todos habían ingresado voluntariamente en sus respectivas academias militares, y en ellas se les había enterado de las ordenanzas de Carlos III».

Alfonso añade que está dispuesto a acatar en todo momento la voluntad popular, pero con la «expresa inhibición de los que no eran representantes directos de la misma».

Pablo escribe su información del acto y se la entrega al director del *Noticiero* Julián Pérez Carrasco; el diario empieza a tirarse. Pero llega un emisario del gobierno civil con la versión oficial del discurso, «bastante diferente de la mía». Se detiene la edición y se sustituye el texto; Pablo guarda su artículo.

La noche siguiente, durante una recepción en el Gran Teatro del Liceo, el monarca le recrimina que no haya recogido correctamente sus palabras:

—Parece que quisieran separarme del contacto con la gente, porque he dicho unas cuantas verdades —se lamenta don Alfonso.

Pablo le entrega el artículo que llevaba en el bolsillo.

—¡Esto es exactamente lo que yo he dicho, y lo que yo quería decir! —exclama tras leerlo su regio interlo-

cutor, que se queja al ministro de Gobernación—: Es que así no me conocerá nunca mi pueblo.

El gobernador civil responsable quedará prontamente cesado por su exceso de celo.

Otra situación resultará mucho más festiva. «Cuando vino Alfonso XIII a Barcelona, a inaugurar la Exposición de 1929, una mañana apareció vestido de paisano en la antecámara del palacio de Pedralbes —recuerda mi abuelo—. Aquel día no estaba registrada en la agenda palatina ningún acto oficial. Me llamaron por teléfono y en Pedralbes encontré al alcalde, barón de Viver; al marqués de Foronda y al general Milans del Bosch, exclusivamente. El rey nos dijo que quería dedicar la mañana a pasear por las Ramblas como un particular, y que por eso nos había convocado únicamente a nosotros. Yo iba en plan de amigo y para que algún día escribiera una crónica sobre sus impresiones catalanas.»

Recorren la Rambla. El monarca, «fumando un pitillo y con el bastón al brazo, miraba a todas partes con sonrisa eufórica, mezclándose entre el público con gran alarma de Milans —que era gobernador civil— y del jefe del rondín». Recibe saludos y estrecha manos. Una mujer le besa la suya y el rey, levantándola, le besa a su vez la frente. En un puesto de flores le pide a la joven encargada que le ponga el clavel en el ojal, lo que ésta hace «entre una ovación de las demás floristas que se habían acercado rindieron al rey caballero». Ella se niega a cobrarle; al día siguiente «María» recibirá un sobre y un oficio «dando las gracias en nombre de su majestad».

Frente al mercado de la Boquería, divisa a un anciano tocado con barretina que luce una medalla militar en el pecho. El rey se acerca a saludarlo; es el último de los voluntarios que fueron a África con el general Prim. «Després d'això, ja em puc morir satisfet —proclama el hombre—. Visca mil anys nostre senyor», grita a continuación, coreado por muchos ramblistas que se han ido acercando.

«Y el rey, impidiendo que se descubra, le contesta emocionado: “Gracias, pero no te quites la barretina, porque sobre tu cabeza, y las de tus paisanos, está más segura que la corona sobre la mía”.»

La valentía

En sus recuerdos, Pablo Vila San-Juan, finalmente fiel al espíritu de su tiempo, aprecia el hecho de que don Alfonso XIII fuera, en lo personal, «un hombre de valor». Lo demostró en el atentado de París de 1905, cuando el anarquista Arnaud disparó contra él y el presidente Loubet. Allí le dedicó al mandatario francés la famosa frase: «Son gajes del oficio».

Volvió a mostrarlo tras la bomba del día de su boda, el 31 de mayo de 1906, cuando, después de ayudar a la reina a bajar de la carroza destrozada y acomodarla en un «coche de respeto» para ir a palacio, ayudó a los camilleros a recoger a los heridos.

Y, por supuesto, el día del entierro de Eduardo Dato.

Según Pablo, la policía de la capital había sabido con antelación que tres anarquistas catalanes, Casanelles, Mateu y Nicolau, «llevaban a Madrid la consigna y

la orden de matar al Rey y a Dato». Descartado el primer objetivo por su dificultad, perpetraron el asesinato del presidente del gobierno en la plaza de la Independencia, donde desde una motocicleta ametrallaron su coche el 8 de marzo de 1921.

Al gobierno, aún en estado de shock, y a los altos jefes de seguridad no les gustó nada que don Alfonso quisiera presidir el funeral. El presidente en funciones, José Sánchez Guerra, le prohibió acudir. Don Alfonso habría exclamado, resolutivo y autoritario: «Aquí no manda nadie más que yo, que soy el rey. ¡He dicho que voy, y voy!».

Ya había pasado por la amarga situación ocho años antes, con motivo de otro magnicidio: el que tuvo como objetivo a José Canalejas, también presidente del gobierno, también hombre de su confianza.

En la descripción deslumbrada de mi abuelo, «el pueblo de Madrid vio con estupefacción primero, con un delirante entusiasmo después, a aquel rey valiente, que erguido detrás del coche fúnebre que conducía a su ministro y amigo a la última morada avanzaba lentamente por en medio de la Castellana». Aquel soberano, «blanco seguro para cualquier malvado, seguía lentamente el rodar de la carroza después de haber ordenado terminantemente que nadie estuviera cerca, ni siquiera a los dos pasos que la etiqueta marcan para el jefe de palacio y del capitán general».

Pablo relata que entre la multitud se hallaba uno de los asesinos de Dato, Mateu, quien llevaba consigo una pistola Star (se la decomisaron algunas horas después), pero «no se atrevió a disparar, fuera por la impresión del momento ante aquel rey valiente y solo, voluntaria-

mente entregado a su destino, fuera por la seguridad de que un linchamiento inmediato le esperaba a su alrededor. Quizá ambas cosas».

En el exilio

Tras la proclamación de la República, Pablo vuelve a ver a don Alfonso varias veces en su exilio, en el hotel Meurice de París y en «las tardes tristes de Fointanebleau». Allí éste, a su modo de ver, sufrió «además de su nostalgia como monarca, penas íntimas de hijos enfermos y dos muertos, incompatibilidades sentimentales acentuadas por las amarguras de la situación; y dolorosas sorpresas, de ingratitudes insospechadas». La esposa del rey, Victoria Eugenia de Battenberg, harta de infidelidades, abandonó al monarca. Sus hijos Alfonso —hemofílico— y Jaime —sordomudo— renunciaron a sus derechos al trono en 1933, que recayeron así en Juan de Borbón, quinto de los hijos —y tercer varón— de la pareja.

Y sigue recordando mi abuelo que le visitó «luego, en Roma, en el modesto cuarto de un hotel, donde muriera (en 1941) invocando el nombre de España, y depositando en su hijo don Juan la directa y legítima herencia de la Corona que recibiera de sus mayores, bajo el designio histórico, inquebrantable e intransferible, que la Historia y el Derecho han reconocido jurídica, heráldica y políticamente, de rango internacional».

«En estas últimas visitas —continúa mi abuelo—, me pareció otro hombre. Desaparecida la característi-

ca sensación de optimismo, de afabilidad, de simpatía arrolladora, que siempre fueron sus dotes maravillosos, don Alfonso era la imagen del hombre vencido, pero no convencido; muy seguro de su propia estimación, de su íntima satisfacción del deber cumplido hasta el sacrificio, de la seguridad de cumplir un destino, tan lleno de dignidad como pródigo en amargura. Hablaba más lentamente, sus gestos no tenían la agilidad energética que comunicaba a su palabra una rotunda afirmación. Sus pasos, en los paseos sobre el asfalto de Roma, no eran las zancadas alegres que me habían asombrado en las Ramblas barcelonesas. Una nube de tristeza cubría su frente; con la misma sutileza con que los grandes pintores subliman las testas de las víctimas, de los mártires y de los injustamente perseguidos.»

El que fuera rey de España contaba únicamente cincuenta y cuatro años en el momento de su muerte, aunque todos le veían como un anciano.

Valoración de la dictadura

Si el periodo reformista de Eduardo Dato señala, para mi abuelo, el punto álgido del reinado de Alfonso XIII, ¿marcaría la dictadura su declive?

Pablo Vila San-Juan y Primo de Rivera se trataron cuando don Miguel era capitán general de Cataluña, época en que acudía asiduamente al Círculo del Liceo, al que mi abuelo pertenecía y de cuya Junta llegó a ser secretario. La coincidencia de ser ambos gaditanos (el general, de Jérez; Pablo, de Cádiz), fomentó la simpatía

mutua. En sus *Memorias de un cronista*, Pablo cuenta que, una noche, cuando le acompañaba caminando desde el Círculo a la cercana Capitanía General, el general le confió que iba a publicar un manifiesto «ante el estado anárquico de huelgas revolucionarias, atracos, atentados y asaltos bancarios que sufría toda España, especialmente Barcelona».

Al comenzar la dictadura primorriverista, a un joven conservador brillante y bien relacionado no le faltaban oportunidades. Pero Pablo, por encima de todo un hombre de leyes, optó por rechazar los distintos cargos públicos que le ofrecía un régimen que comprendía, pero desaprobaba. Algunos viejos amigos actuaron en el sentido contrario. Eugenio Nadal y José María Milá, entre otros, desempeñaron importantes cargos en la Cataluña de la dictadura.

Según el anuario biográfico de 1935 *Prestigios y valores de la España contemporánea*, ya antes del golpe de Estado Pablo había declinado hacerse cargo del gobierno civil de Barcelona y, una vez efectuado, «la dictadura del marqués de Estella llegó a ocasionarle algunas molestias personales por su constante negativa a formar parte de los que ejercían el mando en diversas manifestaciones».

La valoración que cuarenta años después hacía mi abuelo de la acción del dictador jerezano no resultaba positiva. Primo de Rivera había asegurado que su toma de poder «era una letra a los noventa días», pero se mantuvo durante siete años. Causas de su declive y dimisión, según mi abuelo: la permanencia excesiva en el poder; la equivocación de humillar, difamar y denostar a todos los hombres políticos sin hacer excepción

de ninguno (aunque luego tuvo que recurrir a civiles como Calvo Sotelo); la equivocación de dirigir un telegrama a los capitanes generales en que solicitaba su adhesión cuando éstos ya no estaban por la faena.

Tampoco se mostró el general acertado en el plano cultural. En marzo de 1924, un grupo de 118 escritores en lengua castellana piden al Directorio Militar que se frenen «las medidas de gobierno que por razones políticas se han tomado acerca del uso de la lengua catalana», argumentando al respecto que «las glorias de Cataluña son glorias españolas». Entre ellos figuran Gregorio Marañón, Ramón Menéndez Pidal, Concha Espina, José Ortega y Gasset, Azorín, Fernando de los Ríos, Federico García Lorca...

Un mes después, un grupo de 98 escritores de Cataluña envía a los «castellans amics» una carta de agradecimiento por su gesto. Entre los firmantes, Angel Guimerà, Apel·les Mestres, Santiago Rusiñol, Joaquim Ruyra, Victor Català, Prudenci Bertrana... Y entre ellos figura también mi abuelo, un andaluz catalanizado.

Don Miguel —escribe Pablo— habría querido ser «un analgésico» en medio del desequilibrio nacional, «y efectivamente la dictadura calmó la nación y en cierto modo la enriqueció con tal calma. Pero los analgésicos calman el dolor, son lenitivos. Y los lenitivos no curan».

Galería de alfonsinos barceloneses

¿En qué atmósfera se movían los partidarios de Alfonso XIII? En las décadas anteriores a la Guerra Civil, Pablo intimó con las principales figuras del monarquismo

catalán. Veamos algunas, empezando por el que fue su líder histórico, el barón de Viver.

Hijo de un político de la Restauración ennoblecido, Darío Rumeu y Freixa se dedicó profesionalmente al Derecho con incursiones en la política hasta aterrizar como concejal en el ayuntamiento barcelonés. Primo de Rivera le nombró alcalde de la ciudad y fue, según parece, un gran alcalde. Prolongó la Diagonal hasta Esplugues, cubrió el recorrido del tren de Sarrià por Balmes, puso en marcha dos líneas de metro, urbanizó las plazas de Cataluña y de España, adquirió los terrenos de la Zona Franca y creó un plan de extinción del barraquismo. Inauguró Radio Barcelona, emisora decana de España. Y fue, sobre todo, el alcalde de la Exposición Internacional de 1929, que lanzó Barcelona al mundo. Además de todas estas iniciativas, o entre medio de ellas, Viver también reorganizó y saneó las finanzas municipales.

Fue un monárquico «con una nota *Ancien Régime*» (según el periodista Santiago Nadal), que consideró el advenimiento de la República y sobre todo su último gobierno como un gran mal. Figuró entre los contadísimos miembros de la oligarquía catalana que estaban al tanto de los preparativos de la sublevación militar del 36, y contribuyó a organizar el fracasado alzamiento en Barcelona.

Para Rumeu la monarquía era «la institución tradicional y natural, indispensable para Cataluña y España». De trato «afable y ponderado» (según Pablo), ejerció la jefatura indiscutida de los monárquicos catalanes y, tras la guerra y hasta su muerte, fue el representante de don Juan de Borbón en Barcelona.